

BREVE HISTORIA DEL CHE GUEVARA

Gabriel Glasman



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Che Guevara
Autor: Gabriel Glasman

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas
Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Diseño de interiores y maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-521-9
Fecha de edición: Mayo 2008

Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores S.L.
Depósito legal:

Índice

Introducción	9
Capítulo 1	
Los primeros años	15
Capítulo 2	
Política, medicina y amor	49
Capítulo 3	
Descubriendo América	75
Capítulo 4	
Hacia la revolución: la experiencia guatemalteca	107

Capítulo 5	
Haciendo revoluciones	157
Capítulo 6	
En el gobierno revolucionario	209
Capítulo 7	
El internacionalismo guevariano	243
Capítulo 8	
Trascendiendo fronteras	277
Capítulo 9	
El último acto: Bolivia	313
Cronología	337
Bibliografía básica	349

6

En el gobierno revolucionario

Una vez que las fuerzas rebeldes tomaron el poder, el conjunto de la oposición se dispuso a formar un nuevo gobierno. Se designó entonces como presidente a Manuel Urrutia Lleó y como primer ministro a José Miró Cardona. El poder militar, circunscrito por el momento a las propias formaciones rebeldes y los jirones del ejército de la dictadura, fue concentrado en su conjunto por Fidel Castro, sin duda el líder más carismático de la revolución triunfante.

En términos generales, el nuevo gobierno se caracterizaba por su declarada impronta democrática, aunque ideológicamente se situaba

en las riberas de la moderación e, inclusive, en muchos de sus representantes en el más desembozado anticomunismo.

Por supuesto, nada de esto conformaba a los guerrilleros de la sierra, pero la lucha por el control y la hegemonía política recién comenzaba una nueva etapa. Por lo pronto, los comandantes rebeldes fueron situados con mando en sectores estratégicos. Guevara, por el momento, fue designado jefe de la Fortaleza de San Carlos de La Cabaña, una de las principales de la isla, aunque el devenir del gobierno lo convocaría rápidamente para otras funciones.

Mientras tanto, buena parte de las responsabilidades y tareas inmediatas descansaban en las fuerzas rebeldes triunfantes, cuya prédica entre la población era sobradamente festejada.

Entre estas tareas, una de las consideradas prioritarias era el control absoluto sobre los posibles focos contrarrevolucionarios y, por supuesto, el desarme de aquellos grupos que pudieran intentar alzarse en armas contra la revolución triunfante. Parte de este control y sometimiento de la contrarrevolución incluía el juzgamiento de los criminales de guerra, tarea que ocupó a los líderes de la sierra durante los primeros meses de la revolución.

De hecho, entre enero y abril de aquel año, bautizado como “Año de la Liberación”, alrede-



El ingreso triunfal de la Revolución. El nuevo sistema se apoyaría en la idea de que el pueblo es dueño de todo.

dor de unos mil militares y policías fueron denunciados por violaciones a los derechos humanos y más de 500 fueron condenados a muerte.

La pena de muerte contra los contrarrevolucionarios e incluso la prisión de algunos jefes contrarios al nuevo gobierno no tardó en convertirse en un elemento de propaganda anticasquista. Fue entonces cuando la voz de Guevara se escuchó como una de las más enfáticas en defender aquellos procesos y la eliminación de los sentenciados, pero lejos de mantener un doble discurso por temor a reacciones políticas adversas, defendió públicamente su postura en los más diversos foros, incluso ante las Naciones Unidas.

Precisamente allí, el 11 de diciembre de 1964, señalaba sin eufemismos:

Nosotros tenemos que decir aquí lo que es una verdad conocida, que la hemos expresado siempre ante el mundo: fusilamientos, sí, hemos fusilado; fusilamos y seguiremos fusilando mientras sea necesario. Nuestra lucha es una lucha a muerte. Nosotros sabemos cuál sería el resultado de una batalla perdida y también tienen que saber los gusanos cuál es el resultado de la batalla perdida hoy en Cuba.

Esta posición, por supuesto, no era nueva en el Che. Por el contrario, venía siendo abonada desde los tiempos mismos de la experiencia guatemalteca, cuando el derrocamiento de Arbenz, en el que escribía cartas proclamando la necesidad del uso de la violencia revolucionaria para aplastar cualquier intento de la reacción.

Tiempo después, ya en la campaña guerrillera en la sierra, el Che reivindicara la implacabilidad de una justicia revolucionaria contra “chivatos”, delincuentes y traidores, y no le temblaría el pulso para ser él mismo quien ejecutase a los sentenciados a la mayor pena. De hecho, fue el propio Guevara quien estableció un sistema judicial con tribunales de primera instancia y un tribunal de apelación bajo su presidencia, que desarrollaron su actuación en audiencias públicas, con fiscales acusadores, abogados defensores y testigos.

Los servicios prestados por el Che al proceso revolucionario devinieron en una corriente de simpatía hacia su figura realmente masiva. “El argentino”, como también solían decirle, acumulaba los mayores registros de admiración, y haber sido parte de alguna de sus columnas se convirtió en una inconfundible seña de heroísmo.

No resulta extraño que, en virtud de lo que significaba el Che para los dirigentes cubanos y

para las masas que vitoreaban su nombre, el 7 de febrero el gobierno sancionara una nueva Constitución que incluía, entre otros artículos, uno especialmente redactado para Guevara, ya que otorgaba la ciudadanía a cualquier extranjero que hubiera combatido a Batista durante dos años o más y ejercido el cargo de comandante durante un año. Desde entonces, el Che bien podía considerarse legalmente ciudadano cubano; para evitar cualquier equívoco, el propio presidente Urrutia lo declaró formalmente cubano de nacimiento.

Mientras tanto, en pleno ajetreo posrevolucionario, Guevara se reencontró con su primera esposa, Hilda Gadea, y su hija Hildita, quienes el 21 de enero se instalaron en La Habana.

La relación amorosa, por supuesto, ya había sido superada, y el 22 de mayo de ese año el Che se divorció legalmente para poder casarse, diez días más tarde, con su nueva pareja: Aleida March.

En los meses posteriores a la toma del poder los sectores más moderados del gobierno fueron siendo desplazados por los sectores más radicales, entre los que se encontraba el Che como una de sus figuras más destacadas. Antiimperialistas de izquierda, tenían la convicción de que los Estados Unidos no aprobarían las reformas económicas y sociales que proponía la revolu-

ción, y que en caso de no poder neutralizarlas a través de los funcionarios conservadores en el gobierno, impulsaría medidas cada vez más agresivas llegando incluso a la invasión en caso de ser necesario.

Convencido de esta postura, Guevara era partidario no solo de depurar el ejército y el gobierno de todo elemento conservador, sino de radicalizar la revolución para instalar un sistema socialista, prepararse para una confrontación abierta con el imperialismo norteamericano, buscar el apoyo de la Unión Soviética y abrir nuevos focos guerrilleros en el continente americano, como la manera más sólida de defender la propia Revolución Cubana. En ese sentido, su influencia en el camino que finalmente siguió el proceso en la isla fue notable.

No sería equivocado subrayar que el Che puso en su mira el desarrollo global y a largo plazo de la revolución que estaban realizando, y sin duda fue el dirigente más preocupado en profundizar el proceso que en detenerse en su primer gran éxito.

También por este modo de pensar y vivir la revolución, Guevara sería su más acérrimo crítico en cada uno de los aspectos en que le pareció que se estaba transitando por el camino incorrecto.

Antes de desempeñar un cargo formal en el nuevo gobierno, Guevara participó activamente en la elaboración de la ley de reforma agraria y en la creación del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), impulsando la versión más radical de la misma, prohibiendo por completo el sistema de latifundios y dejando sin efecto el requisito constitucional de la indemnización previa. El Che pensaba que existía un vínculo inseparable entre la reforma agraria y la guerrilla, y solía decir a quien lo escuchara:

El guerrillero es, fundamentalmente y antes que nada, un revolucionario agrario. Interpreta los deseos de la gran masa campesina de ser dueña de la tierra, dueña de los medios de producción, de sus animales, de todo aquello por lo que ha luchado durante años, de lo que constituye su vida y constituirá también su cementerio. [...] Este Movimiento no inventó la Reforma Agraria. La llevará a cabo. La llevará a cabo íntegramente hasta que no quede campesino sin tierra, ni tierra sin trabajar.

Por fin, el 7 de mayo de 1959 se aprobó la ley de reforma agraria y de creación del INRA, dedicándose el Che casi de inmediato, y con una intensidad solo característica en él, a viajar en representación del gobierno, estableciendo acuerdos diplomáticos, políticos y económicos de gran importancia para la naciente revolución.

7

El internacionalismo guevariano

En los inicios de aquel incomparable 1959, el Che pasará unos meses en una casa veraniega situada a pocos kilómetros de La Habana, en la playa de Tarará. Aunque la excusa elegida para justificar su presencia en ese sitio fue la necesidad de recuperarse físicamente por las extenuantes campañas en la sierra, no resulta demasiado creíble que Guevara tolerara semejante desigualdad, es decir, él en una playa soleada, y el resto de sus hombres en distintos lugares de trabajo o destino, continuando con la lucha revolucionaria.

Por otra parte, en Tarará no se hallaba solo Guevara, sino también otros dirigentes revolu-

cionarios. Por supuesto, y en esto Castañeda acierta, no se trataba de una colonia de vacaciones, sino de una “especie de gobierno paralelo” establecido para debatir una serie de temas centrales para el futuro inmediato de la revolución. Uno de estos temas será la “internacionalización de la revolución cubana”, y el Che uno de sus principales promotores.

Pocos meses después de aquellas reuniones en la soleada playa de Tará, los frutos comenzarán a verse de manera sostenida, aunque en verdad con peor suerte que la proyectada.

En abril de 1960, unos cien exiliados panameños parten de Cuba con destino a su país, para intentar allí lo que los cubanos en la isla. Probablemente haya sido esta la primera fuerza insurgente que, preparada en Cuba, saliera a tales efectos, pero no sería la última. Dos meses más tarde, un grupo numeroso de dominicanos, acompañados por casi una docena de cubanos, haría lo propio. Y si a los panameños el ejército regular los recibiría decidido a rechazarlos, a los dominicanos directamente los masacraron.

Este fracaso, a su vez, impidió que se pusiera en marcha otro plan similar, esta vez destinado a Haití.

También por entonces (corría la primera semana de junio) una fuerza cubano-nicaragüense intentó ingresar en Nicaragua para llevar ade-



Anastasio Somoza García, militar y dictador nicaragüense. Fue uno de los paradigmas de la violencia de Estado ejercida en los países latinoamericanos por varias décadas.

lante una guerrilla contra la dictadura de Somoza. Las fuerzas insurgentes sumaban una cincuenta de combatientes, entrenados todos ellos en Cuba. La suerte de esta última escuadra fue tan desastrosa como las anteriormente relatadas, y cuando intentaron ingresar al continente, fueron repelidos por una fuerza conjunta de Honduras y Nicaragua que terminará con la misión revolucionaria muy rápidamente, produciéndole no menos de nueve muertos, mientras que el resto caerá apresado, muchos de ellos heridos.

En todos los casos citados, las escuadras revolucionarias se destacaron especialmente por

dos elementos. Por un lado, es evidente el compromiso político del Che en cada uno de estos proyectos, siendo él mismo uno de sus principales instigadores e inspiradores para que los combatientes se decidieran, finalmente, a tomar las armas y comenzar a operar; ese compromiso, por otra parte, involucraba los aspectos técnicos y logísticos, y de hecho Guevara les llegó a brindar, por ejemplo, la colaboración a través de su piloto personal, encargado de llevarles provisiones y armas.

Pero así como se distingue el entusiasmo liberador de estos grupos pioneros, por otro lado, también destaca el carácter apresurado y rudimentario de estos mismos proyectos, en los que intervienen pocos hombres y con una escasa preparación y medios para las colosales empresas en las que se habían embarcado. De hecho, en ninguno de los cuatro fracasos señalados se había establecido, por ejemplo, una labor política previa en las regiones a intervenir, por lo que se partía de cierta orfandad política.

Es que la Revolución Cubana se había impregnado tanto con una confianza ciega que nada parecía más esencial que comenzar a actuar. Osvaldo de Cárdenas, un agente cubano de Inteligencia, señala rememorando aquellos años iniciales:

Estábamos convencidos de que el destino de Cuba era inspirar revoluciones... Pensábamos que la revolución cubana era apenas el comienzo de cambios (similares) en América Latina y que eso sucedería muy rápidamente. Entonces, ¡a trabajar! Todos estábamos imbuidos de ese espíritu... todos queríamos ir a la guerrilla en alguna parte. Había planes de ir a Paraguay y derrocar a Stroessner. Había planes de luchar contra Trujillo y algunos fueron, unos con autorización y otros sin ella. Había planes para derribar a Somoza. Sí —concluye Cárdenas—, donde había un tirano, un dictador latinoamericano, era automáticamente nuestro enemigo.

Resulta curioso que la inteligencia militar de la guerrilla diera tan poco espacio a los análisis políticos sobre la región a revolucionar, dedicándose exclusivamente a montar una logística adecuada. Claro que el propio Guevara había dado legitimidad política a cada uno de estos intentos en función de su ineludible internacionalismo. Pronto las derrotas señalarían hasta donde las estrategias políticas y militares resultaron un completo fracaso.

Por lo pronto, la inteligencia cubana fue profesionalizando cada vez más sus estructuras, estableciendo secciones específicas en las que la preparación de focos revolucionarios tenía un papel preponderante. Ese era, en especial, el se-

cretísimo “Departamento M”, dirigido por Manuel “Barbarroja” Piñeiro, uno de los hombres ligados a los hermanos Castro desde los orígenes de la lucha, y que se había destacado como responsable de la inteligencia en el Segundo Frente Oriental. Entre otras cosas, Piñeiro comenzó a crear un aparato relativamente autónomo, cuya función específica era apoyar a los movimientos revolucionarios y de liberación nacional que por entonces se reproducían con una veloz dinámica por todo el llamado Tercer Mundo.

El departamento creado se denominó M.O.E. (Operaciones Especiales), dirigido por el capitán Olo Pantoja. Será el M.O.E. el organismo encargado de preparar la “Operación Andina”, diseñada por el Che en su afán de realizar aquel sueño dorado que Fidel había sintetizado muy gráficamente: convertir a la Cordillera de los Andes en la “Sierra Maestra de América del Sur”. El inicio debería darse en un corredor que unía la Argentina, Bolivia y el Perú.

En efecto, en 1962, Olo Pantoja partió hacia Bolivia para entablar con los peruanos Héctor Béjar y Javier Heraud las bases de una guerrilla de apoyo al dirigente campesino trotskista Hugo Blanco, quien venía desarrollando en la zona de La Convención, Perú, un importante movimiento rebelde.